

CronicANDO contigo hasta siempre

**Earle Herrera
(1949-2021)**



**Ciudad
CCS**

SEMENARIO EN REVOLUCIÓN
Martes 21 de diciembre de 2021

El llanto no es suficiente

MERCEDES CHACÍN

Cuando la vivencia es tan larga y los recuerdos son tantos, no se halla por dónde empezar. Tal vez sirva, en tono de crónica, empezar por el principio. Años 80 y 90 del siglo pasado. Sabana Grande. Frente a la librería Suma. Earle Herrera, Manuel Guzmán, Roberto Malaver y Pedro Chacín en pleno bulevar. Esa cita semanal en la que componían y recomponían el planeta llamado Tierra era lo más parecido a la felicidad para aquellos seres. Fueron los años de los vaporones, de los riesgos, de las búsquedas, de las osadías, de las nostalgias a destiempo, de las protestas, de la violencia del Estado. Eran los tiempos de los ideales.

Cuando Pedro murió, Earle se convirtió en mi compañero de tesis. No había que explicar nada. Solo pasó. De tutor a compañero. De profe a amigo. Cuando Earle muere, muere mi profesor, mi amigo, mi compañero de tesis. No hay palabras que describan esas ausencias, que ahora serán hasta siempre. Las señoras crónicas se quejan, ahora con Earle, en algún lugar del universo, de tanta revolución mal contada. Mal narrada. Earle inventó el verbo cronicar, que sin duda no es pecado, invento bienvenido para quienes amamos el periodismo con alma y sentimiento. El golpe

llegó un domingo, día en el que estamos desprevenidos, relajados. Se sintió devastador, lacerante... llegó sin aviso, fuerte, certero, descomunal, directo al corazón, directo al amor. Cuando es así el llanto no es suficiente.

En vuelo sin brújula con vista nublada y asistida para encontrar sus libros en una biblioteca sin orden, comparto los títulos que decidieron buscarnos con ansias y desespero, la noche del domingo 19 de diciembre de 2021: Cien veces Chávez (2014, Alcaldía de Caracas); *La Neblina y el verbo*, Orlando Araujo uno y múltiple (2015, Alcaldía de Caracas); *Al Sur, Canto al Sur* (Fondo Editorial Ipasme); *El Disposicionero en el Kiosco Veraz* (Ediciones Correo del Orinoco), y *Ficción y realidad del Caracazo* (Monteávila Editores 2011). También nos encontró la tesis de grado de Mercedes Elena Chacín Díaz y Pedro Lorenzo Chacín Díaz, *El Paquete de la violencia*, presentada en febrero de 1994 “ante la ilustre Universidad Central de Venezuela”, unos meses después de la partida de Pedro. Son estos textos una pequeña muestra de su versatilidad, de su don para escribir, de su humor genial y de su impronta a veces cascarrabias. Y es que Earle lo único que se guardaba era lo que consideraba un secreto de Estado, enhorabuena y en justicia hoy lo exonerado de toda autocensura.

EL PERIODISMO

Poeta, escritor y periodista son títulos que le calzan, pero si con alguna disciplina u oficio fue un crítico incansable fue con el periodismo. En una entrevista para la revista *Vertientes*, a principios del año 2000, nos dijo que la política editorial de las empresas de comunicación atentan contra la libertad de expresión, que obligaba a los periodistas a autocensurarse. Tal vez presentía tiempos en los que la palabra se convierte en munición. En arma. Es un arma muy poderosa su palabra. Desde “El Kiosco veraz” lanzó dardos siempre amorosos y firmes (tuve el honor de recibir un par de ellos), dirigidos a los burócratas, a las deslealtades, a la ineficiencia. Era en sí mismo un medio de comunicación y era dueño de su política editorial. Siempre nos preguntamos, cuando algunas noticias requieren de ese “segundo día” necesario para entender cosas a veces inentendibles,

¿qué pensará Earle? Quedamos huérfanas. Huérfanos.

Decir que hará falta, más que un lugar común, es una protesta. Una rabia entreverada. Una molotov contra todos los dioses de los humanos. A estas alturas las muertes son más puntuales, más “naturales”, pero siempre inesperadas. *Pedro nos mira a toda hora* fue el título que escogió Earle para prologar un libro en honor a Pedro a los 15 años de su muerte. Escribe Earle: “A veces uno está escribiendo y Pedro se asoma entre las líneas y sugiere palabras. Caminamos por las calles, lo vemos acercarse y luego se escabulle entre la gente, así como así”.

Sepa usted, amigo, compañero, tutor y profe que lo buscaré mientras viva en las letras, entre las líneas, en la poesía, en los kioscos, en los ojos y las sonrisas de sus amigos y amigas, en sus hijos, en sus nietos, en su familia y en cuanta crónica lea, pero sobre todo lo buscaré en su palabra irreverente, esa irreverencia que nos hace fuertes y libres y a su través, hacer que quien se robó al periodismo que nos lo devuelva. Sigamos.



SU HERENCIA ES SU PENSAMIENTO Y SUS LETRAS

Más allá de la poesía, del humor y el amor

ROCÍO CAZAL

La pasión de Earle Herrera por la escritura era algo indescriptible: el humor, la inteligencia y la sencillez iban de la mano de este poeta, periodista y profesor, que deja imborrables huellas a través de sus textos.

Tan respetado era y sigue siendo Earle Herrera por sus registros y agudos análisis que solamente él podía mostrar en su visión y pasión por el “Credo” de Aquiles Nazoa que quedó plasmado en un libro en el que muestra su punto de vista hacia cada personaje que “el poeta de las cosas más sencillas” dejó en ese maravilloso manifiesto.

“No pretendo biografarlos, algo de lo que ya se encargaron autores especializados en ese género y muchas enciclopedias, incluida la ‘wiki’ de internet, ese digital caldo morado. Oremos”, acota Earle en el libro, quien calificó como humilde a Nazoa con su “Credo”, pues “solo quiso dejar testimonio de quién es y en quién y en qué cree. Es una oración que se puede leer o rezar, definido por la crítica literaria como un poema en prosa. Es un acto de fe artística y un acto de amor. Al fin y al cabo, crear es amar y amar es crear, ‘a riesgo de parecer ridículo’. O cursis. O romántico”.

¿Quién podía describir mejor a grandes como Pablo Picasso, Charlie Chaplin e Isadora Duncan, por ejemplo, como Earle Herrera lo hizo de los personajes del texto de Nazoa?

No podía faltar tampoco su prólogo en el libro *Aquiles Nazoa, poeta enhumorado*, en el que describió al Ruiseñor de Catuche como el amor hecho arte: “Cada expresión artística que cultivó el poeta de las cosas más sencillas estuvo inspirada y moldeada por el más alto sentimiento humano. Escribir sobre este, siempre es riesgoso, por aquella advertida cercanía de lo sublime y lo ridículo”.

De hecho, Earle fue más allá en cuanto a la obra de este escritor popular caraqueño, cuando dice en su texto que está ungida y recorrida íntegramente por la poesía y el humor, “más allá de la forma literaria en que la misma esté expresada. Hay humor en su creación poética y hay poesía en su prosa humorística”.

ENTRE EL PERIODISMO Y LA LITERATURA

El “profe”, como le decíamos muchos de sus alumnos de la Escuela de Comunicación Social de la UCV, es muy didáctico a la hora de enseñar y de exponer sus conocimientos en el ámbito periodístico.

Su primer libro en este aspecto fue *La magia de la crónica*, en 1987, en el que señalaba que ésta “no es el cruce de caminos donde confluyeron historia, periodismo y literatura” sino que “se convierte en género literario cuando

surge en sus oficantes la preocupación no solo por contar sino por hacerlo bien y en forma amena, clara y agradable para el lector”.

Así pensaba y enseñaba en las aulas de clases este profesor de las materias Periodismo de Humor y Periodismo de Opinión, que también tiene en sus registros libros como *El reportaje, el ensayo; Periodismo de opinión. Los fuegos cotidianos; El que se robó el periodismo que lo devuelva; así como Ficción y realidad en el Caracazo: Periodismo, literatura y violencia*, con el que ganó el Premio Nacional de Periodismo 2011; y *El periodismo según Clark Kent*, que no es más que un ensayo-crítica a la labor informativa de los medios de comunicación en Venezuela que fueron vulnerados por intereses del capitalismo.

Y aunque el periodismo era su pasión confesa, la prosa y la poesía no se quedaban atrás, como lo demostró con otros textos como *A la muerte le gusta jugar con los espejos*, que obtuvo mención especial del Premio Municipal de Literatura; *Penúltima tarde*, que se llevó el Premio Municipal de Poesía de Caracas en 1977; *Cementerio privado*, que ganó el Premio Consucre de Narrativa en 1986; y *La espada sobre el fuego: los poetas invocan a Bolívar*, entre una decena de publicaciones.

Bien es sabido también que fue una firma reconocida desde que fue articulista por muchos años en el diario El Nacional, además del tino que mostraba hasta su último suspiro en “El kiosco de Earle”, que publica *Ciudad CCS*.

Por esto y más, pues, Earle Herrera fue homenajeado, al igual que Nazoa, en la Feria Internacional del Libro de Venezuela (Filven) en 2020.

Sus letras y su pensamiento que desnudan la realidad de los países, del periodismo, de la vida y del humor se quedaron con nosotros como herencia.

¡Descanse en paz junto a su amada Asalia Venegas, profe!



Earle y Asalia
con sus hijos
Simón y Argimiro

Al maestro, con dolor

MARIADELA LINARES

Sentarse frente a un teclado para escribir sobre Earle Herrera, en plena tristeza por su partida y sin tiempo para acomodar los sentimientos, equilibrarlos para evitar las frases cursis y manidas, indignas de su intelecto, es como pretender nadar en aguas heladas.

Earle, en tiempo presente, tiene tantas facetas que lo distinguen que cualquiera de ellas sirve para redactar una apología. Se puede enumerar, en primer lugar, su condición de revolucionario indoblegable y honesto. Estoy segura de que él concordará en que honesto es una cualidad singular en estos tiempos. Y hablamos de irreductible porque imaginamos los abismos que ha tenido que superar para no caer en el foso de los socialistas de bolsillos llenos.

No menos importante es su proverbial capacidad de síntesis. Seis renglones para contarnos una historia llena de denuncias, de sentires, de decepciones, de luchas y más luchas, se convierten en una cátedra de periodismo. Nadie como él para el resumen. Nadie como él para que la contundencia se convierta en verbo y en caracteres escasos pero lapidarios.

Ninguno como Earle para contar su amor por la patria, por la vida, por la lucha antiimperialista, porque la revolución no pierda su norte, que llenan espacios en libros, en artículos y en versos. El talento multiplicado colma un espíritu, aderezado además con un humor fino, de esos capaces de derribar a un contrario con una sonrisa en el rostro.

Roberto Malaver, tu gran amigo y soporte de tus dolores, me dijo que nos habías dejado “huérfanos de tu intelecto”. Es así. De allí que me agarro del tiempo presente para no soltarte, Earle, porque no quiero que te vayas. El periodismo que nos robaron aún te necesita. Y ya somos tan poquitos los colegas que nos aferramos al ideario original y seguimos en la práctica de ser “irreductibles”, como te llaman, que con descarado egoísmo te pido que no te vayas. Sigues entre nosotros, querido amigo.

En las alturas

LAURA ANTILLANO

De golpe y porrazo llega la noticia de la ausencia definitiva de Earle Herrera y el desconcierto nos invade.

Hace pocos días hacíamos bromas que señalaban su maestría en lo relativo a la escritura de las crónicas periodísticas, y él respondía en tono de docente orgulloso, y de repente llega esta desconcertante noticia de su deceso produciendo desazón y una tristeza imposible de sacudir.

Conocíamos a Earle desde hace mucho, desde los tiempos en que el escritor Orlando Chirinos se empeñó en estudiar Periodismo en la UCV y nos comunicó con su existencia.

Retomamos el hilo entre líneas, con más empeño al formar parte de la cotidianidad de Ciudad Caracas, nuestra admiración y cariño aumentó en creces y su repentino deceso nos conmueve muy dolorosamente.

Earle Herrera es, ha sido, mucho más que un estupendo periodista y buen narrador, un ser humano con una noción de la vida y el entorno profunda, como si el día a día le proporcionase un termómetro particular esencial para determinar con certeza su entraña.

En Earle Herrera no descubrimos jamás un gesto arbitrario de pedantería inusitada, sino una serena calma que tenía la virtud de decir lo certero, sin hacer bronca, pero colocando las palabras en su justa medida, y correspondiente significado, como el martillo que da en

el clavo.

Leerle y reconocer en su escritura la presencia de quien “tiene al toro tomado por los cuernos” ha sido siempre una sola cosa.

Aceptar que no estará ya entre nosotros no será fácil.

Su presencia, como lo fuera también antaño la de la periodista Asalia Venegas, representa un ícono de valor incalculable, y para nosotros no solo se trata de un gran periodista y excelente narrador, sino también de un ser humano comprometido con sus convicciones sobre la realidad del país, y un hombre sencillo, comunicativo, sin prepotencias, con modestia y buen humor en creces.

Desde ya sabemos que nos hará falta a todos, en este territorio difícil de la respuesta al día a día, en términos de la cotidianidad calcinante y en el periodismo de altura.

Que brille para él la luz perpetua y sigamos recordándole como un estandarte.

Bocanadas de aire cálido

MARÍA CENTENO

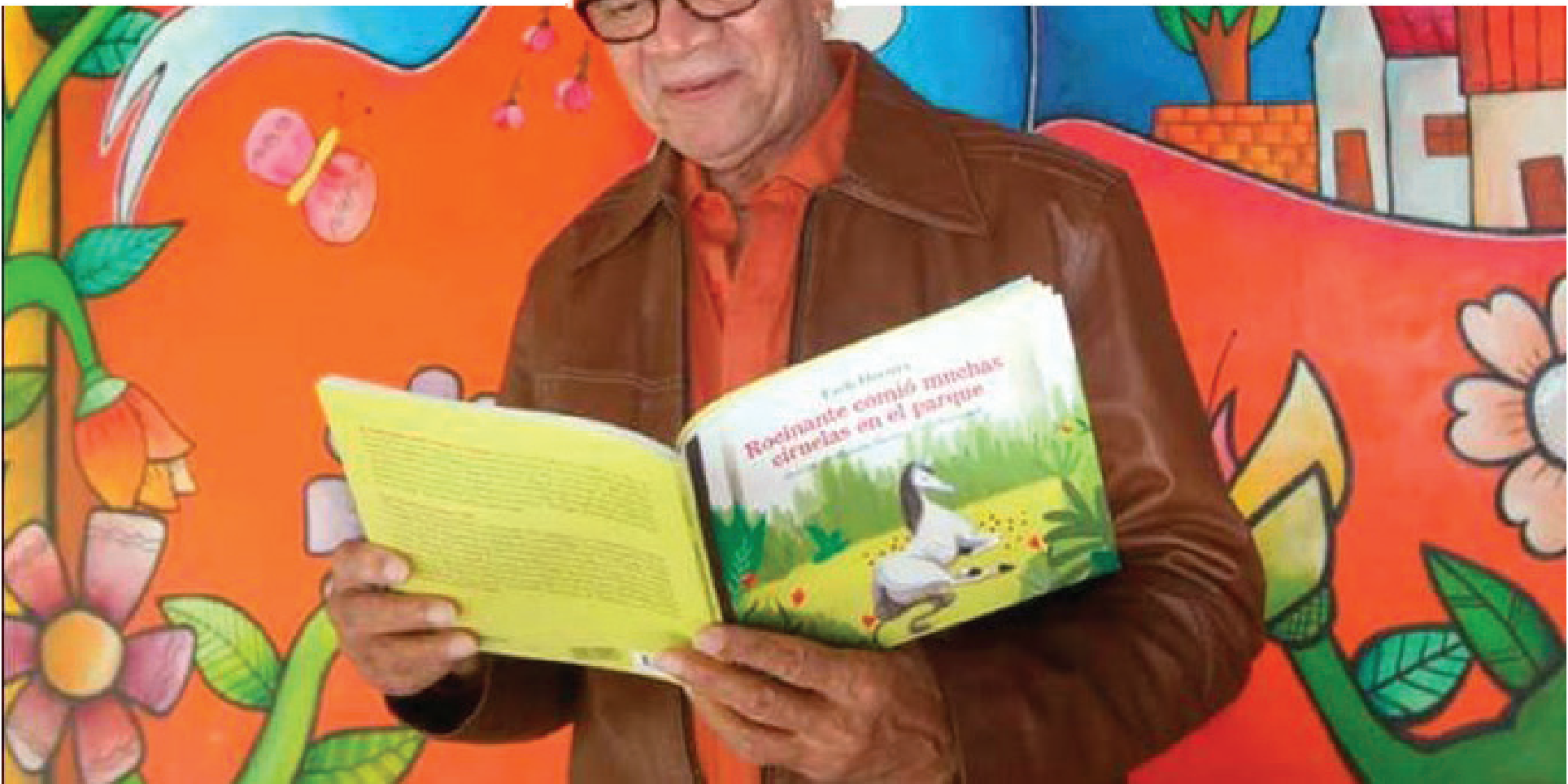
Conocí a Earle a principios de los noventa del siglo veinte. Su hijo y mi hija asistían al mismo primer grado de la misma escuela. Lo veía con frecuencia porque él y Asalia se turnaban para llevar y traer al chico.

Por esos tiempos yo iba a inaugurar una exposición titulada “Violenzuela” en la UCV, y le pedí al ya famoso periodista que escribiera la presentación del catálogo. Él generosa y gallardamente dijo que sí y, como eran tiempos preceluláricos, tuve que dibujarle en un cuaderno cada una de las 30 instalaciones que estaba realizando para exponer.

Earle me escribió una breve y hermosa presentación, y desde entonces lo consideré mi amigo.

Nunca entendí cómo alguien podía escribir como quien exhala bocanadas de aire cálido, con esa aparente facilidad, textos elegantes, oportunos, inteligentes, combativos y con la rara virtud de la brevedad, que los hacían aún más efectivos y apetecibles.

Este domingo en la mañana, el amigo nos regaló otra de sus hermosas crónicas, y en la tarde calló. Pero es solo un aparente silencio. Las bocanadas de palabras de Earle siguen y seguirán resonando en el aire de los campos y ciudades de Venezuela. Gracias Earle.



CRÓNICA DE JUGUETE

Un Guaricho vuela en papagayo

ARMANDO CARIÁS

No es difícil imaginarse a Earle Herrera agarrado de la cola de un papagayo, volando sobre El Tigrito, el pueblo donde nació el 22 de abril de 1949.

Sin hacer mucho esfuerzo podemos verlo pasar en vuelo rasante sobre el techo de teja de su escuela, la “Doctor José Manuel Cova Maza”, y sin soltarse le lanza un beso a Santina Salazar, su maestra de cuarto y sexto grados.

La maniobra, aunque arriesgada, vale la pena.

Bien sabe Earle que fue gracias a ella y a su temida palmeta que le cogió cariño a la escritura, en aquellos días en que lo más cercano que tenía a eso de garabatear páginas en blanco, era el toconcito de un Mongol número dos.

A bordo de su volador, desde el cielo de San José de Guanipa, ve a sus compañeros de clases jugando el librado, el toque y las pichas, que son los nombres que los guarichos orientales le dan al escondite, la ere y las metras que también juegan los carricitos caraqueños.

Ahora el viento lo lleva hasta el patio de recreo, en donde divisa a la niña que no llegó a enterarse que era su novia y desde una nube le lanza un papelito con un poema que un día le escribió: “*En primaria tuve / mi novia Victoria / nunca ella lo supo / ay, qué triste historia*”.

Angelito, su hermano, testigo de ese amor en silencio, le pide que se baje de esa nube y que se acuerde de las tareas de matemáticas y geografía.

¿Será posible que estas sean las materias preferidas de este niño que algún día será poeta?

No hay que asombrarse, pensaría Angelito: “Mi hermano es capaz de encontrarle poesía hasta a la tabla de multiplicar”.

Sigue su paseo celeste y ahora avista el salón en donde se presentan los actos culturales de su escuela.

Earle recuerda el día que le tocó hacer el papel de un criado de la familia de Luisa Cáceres de Arismendi: “*De allí salí sintiéndome todo un patriota*”, piensa mientras dirige su nave hacia el tiempo presente.

En este momento, gracias a “La magia de la crónica”, lo vemos como candidato a diputado por su estado natal, Anzoátegui, para las elecciones de este 6 de diciembre.

“*Desde la Asamblea Nacional propondré que se invite a los niños y a las niñas para que de su debate salgan las leyes que más les favorezcan*”.

Dicho esto, se monta de nuevo en su papagayo tricolor y alza vuelo hacia el futuro de la patria, ese lugar habitado por la infancia y por todos aquellos que como Earle Herrera siguen siendo niños.

Venezuela. Gracias Earle.



El imperfecto

JOSÉ ROBERTO DUQUE

No tuve el inmenso honor que tiene la mayoría de quienes escriben sus líneas emocionadas en este especial: no fui pana del profe Earle. De no ser por un par de episodios, pudiera además decir que él nunca se enteró de que yo existía. Así que mi aporte a este homenaje será un poco por mampuesto.

Pasó que, durante una discusión pacífica pero bizantina con un escuálido, éste «argumentaba» en contra de los chavistas diciendo que nos habíamos distanciado del pueblo, que ya no formábamos parte del pueblo venezolano, porque a cada rato lo negábamos con nuestras palabras y acciones.

Como toda discusión con cualquier escuálido, la cosa fue derivando hacia la insultadera gratuita. Tal ministro no es pueblo porque usa trajes caros. Tal funcionario tampoco, porque come en equis restaurantes. Muy ufano y encendido el bicho, tratando de convencerse a sí mismo de que ningún chavista era «más pueblo» que él. En mitad de su trance religioso, aplicado a la enumeración de nuestras presuntas imperfecciones antipopulares, en una de esas soltó: «Dígame el borracho ese del Earle...».

Resumen para distraídos: no se puede intentar embasurar a Earle sin llevarse en los cachos a millones de ejemplares del pueblo venezolano. Hasta sus colegas escuálidos lo mandaron a callar.

Omnipresente

MARÍA EUGENIA ACERO COLOMINE

Earle es sinónimo de hacer crónica: de escribir las maravillas que se ocultan en las cosas más sencillas. En este sentido, para mí hacer las notas que he venido haciendo con el equipo de Épale CCS siempre ha sido un humilde tributo a plumas como la de Earle.

A pesar de haber sido gran amigo de mi madre, para mí Earle fue una figura lejana, como esos grandes personajes que admiras desde la barrera. Sin embargo, una vez me honró con el piropo de decirme “Te leo”. ¡Naguará! Alto honor. Poco antes de su partida nos echó broma a mí y a Andrea Quiñones, porque ambas bautizábamos nuestros libros el mismo día. La deferencia con que saludó nuestros trabajos me enterneció. En breves episodios descubrí que detrás del gran personaje había un hombre sencillo y cariñoso, imagen y semejanza de las tantas palabras que le acompañaron durante tantos años, y que demostraron lo que decía Kapuscinski: las malas personas no pueden ser buenos periodistas.

Ahora Earle se vuelve referencia, y nos leerá a quienes fabriquemos letras para inspirarnos a hacer maravillas con lo más sencillo.

A Earle Herrera

ANA CRISTINA BRACHO

Hay personas que no miden dos metros, pero saben ocupar todos los espacios. Escritores que zigzaguean todas las aristas con el mismo talento. Cronistas que saben mirar el paisaje entero y periodistas que todos los días tienen algo que firmar. Magos que saben cuándo cerrar la frase para que no sobre una palabra y oradores que saben cuándo la voz ha de subir, la mano tiene que golpear y ¡ay! cuando hay que tocarse la ropa, romperse un botón y mostrar el pecho. Cuando alguien tiene ese tamaño su muerte no es la retirada, es su paso a la ubicuidad de la memoria y la tristeza que genera el anuncio del final se pierde en un abrazo de todos los que les tuvieron.

Todos y todas tuvimos a Earle Herrera porque su voz acompañó el camino con esa manera que tenemos de ser los venezolanos. Earle sabía dónde poner la risa, la moraleja y el reclamo, también el verso que a veces se hacía poema y, otra vez, se hizo canción. Earle, creo, sólo tuvo como oficio ser un hombre bueno y lo hizo con talento en todas las tareas que le tocaron. En las aulas y en el Palacio Federal Legislativo, en los periódicos y en otras esquinas.

Su noche es, como dijo José Roberto Duque, un golpe casi mortal para la crónica. Duele imaginar el Correo del Orinoco o Ciudad Caracas sin el pequeño cuadrado con su palabra y caricatura, el Parlamento sin su voz y su manera de pronunciar e incluso algunos tugurios virtuales que en la pandemia sustituyen los cafés donde nos encontramos para las tertulias.

Su viaje llega en estos tiempos donde parece que la muerte anda desahogada en su colecta. Se lleva a los mejores, a las voces más queridas, a los que merecen los homenajes y las rosas. Se va con la dignidad intacta y dejando el deber de escribir un país que late, un país con banderas rojas, una América Latina que empuja nuevas veredas y brechas para seguir soñando.

Así, puesto sobre una nube, cerca del mar, seguramente más al oriente que hacia el centro, se abre en la eternidad su kiosco veraz y nos quedan páginas de historia nacional, que él supo vivir, empujar y contar para todos los que están y los que estarán. Sea eterno maestro, no lo vamos a olvidar.



Décima para Earle

EMIGDIO MALAVER GONZÁLEZ

A Earle Herrera

Hombre de una pluma fina
También de verbo encendido,
Con sus versos florecidos
de sabanas y neblinas.
Con sus crónicas divinas
Iba escribiendo la historia
Con hilvanada oratoria
Que hoy de modo absoluto
Hay que rendirle tributo
Por sus merecidas glorias.

¿Por qué mi amor tiene tres "eres"?

ISAÍAS RODRÍGUEZ

(Soneto endecasílabo a EARLE HERRERA)

¿Es un golpe del cielo? ¡No lo sé! /
¿Es un golpe de dios? ¡dios no lo quiera /
¿Por qué, carajo, decir de esta manera, /
¿Que no hay cielo ni nada? ¡Qué no hay fé!
/

¿Por qué contigo, amigo? ¿Cómo fue? /
¿En cuál lugar? ¡Explica! ¿Cómo era? /
¿Cómo es que este dolor duele por fuera? /
¡Y por dentro! ¡Y arriba! ¡Di, por qué! /

¿Por qué, querido amigo? ¡No lo entiendo!
/
¿Por qué, diablos, la muerte anda diciendo
/
Que se escapó contigo? ¡Oh, qué dolor! /

¿Por qué, ahora, mi amor tiene tres
"eres"? /
¿Por qué, carajo, la muerte no se muere? /
¡Explicámelo, EARLE! ¡Haz el favor! /

"Una gitana me dijo
que al final del desierto
me espera
una muchacha azul"

Earle Herrera

CRISTÓBAL J. ALVA RAMÍREZ

El poeta
se marcha con
aperos de la mirada a ver
tierra desde lejos aprendiendo
a volar con el otro extremo
del pabilo
hasta
s
*
l
t
a
r
s
e

La flauta de bambú
narra su trazo y los recuerdos
del pez viajero caen como guayabas
con pasos granulados en pasillos
y bosques de la universidad

el poeta vino de adentro
desde lejanos ríos
llenos de frutas y legumbres
para hablarle a tanta gente
viejos niños niños viejos
tanta juventud de larga marcha
de un pueblo aguerrido
y de un país
que no cede tajos de piel

con las suelas va escribiendo
largo y breve a la vez

Si el amor parte primero
el poeta prepara el equipaje
y se despide con heroica danza



La propuesta

GUSTAVO MÉRIDA

La penumbra de una sala de conciertos justo antes de empezar, aunque se podía ver el cielo de Caracas sobre el elevado de la avenida Urdaneta. Un casino que no es casino cerca de otro casino, de aquellos en los que no hay relojes. Jueves 16 de diciembre de este año que no termina, San Juan. Luna llena de tres días con dos noches y media. Tarde de despedidas, de tambores y de porfías. Súbito, camisa de mangas largas con cuadros alegres, alegre la postura, un sombrero de campesino. Desde su altura, se dobla para que la mano me alcance, agachado como estaba, haciendo cualquier cosa. “¿Mérida?”, me pregunta. Estrecho la mano derecha, con la izquierda se quita el tapaboca. “Oye vale, es Earle”. Y mi pensamiento por la sala cruza. Se detiene en la pantalla; en el video, la cantora hablaba con la cabeza cortada, no se veía barba, ni barrial ni lluvia. Barbarito resignaba y Fabiola José suspiraba.

Pero eso fue después.

“¿Qué tiene esto?”, y el profesor bebe el primer sorbo. O bebió primero y preguntó después. “No sé”, le respondo rápido; vamos a la barra, le explican, pregunta, repregunta, y desde las curvas de la percusión de Ivonne, guataca y ron, y chocolate y otras cosas más, salud, y de repente brindo con Earle y le escucho decir, le escucho contar y en el fondo de aguinaldos, canta Cecilia Todd, o Fabiola José, o Luisana Pérez, o José Delgado.

O Amaranta.

Las zancadas del profesor apuran la nostalgia entre la barra y la silla. La soledad y los planes y las propuestas pasan rápido, entre canción y canción. “Primero, no puede seguir encerrado, doctor”, pensando que hablaba con Malaver; doctor es doctor. Segundo, tal y cual, y Earle asiente, planificando los escenarios, viendo este escenario, sonriendo con la lengua y los dientes y toda la boca de maestro y de tipo serio sin sonrisas: “No te lo permito más, Gustavo”, me espetó desde adentro de su casa aquella vez que fui sin avisar casi a las once de la noche. “Le presento a la señora tal, y también a la señora cual”. Y el profesor con sus conocimientos, conociendo andaba, reconociendo no se quedaba, por los pasillos caminaba y como en cámara rápida, las risas rebotaban de los tequeños y las palabras; que el diputado Marquina, un día, le dijo que estaba ebrio y él, entonces, agarró su derecho de palabra y le dijo a Marquina que había escuchado así al Chino Valera Mora mientras componía, a Salvador Garmendia también, que de seguro otro tanto hacía; al igual que a Orlando Araujo, en estos asuntos de la compañía y para terminar, o como que fue con él con quién empezó, el colega diputado le dijo al otro, creo que de lado, que a Adriano González León mientras el país partía (para llevar en un delivery que no sabíamos que llegaría), también le había escuchado y estaba ahora, en esa hora, escuchándole a él... todavía.

La propuesta

Ella estaba sentada. Se paró y cantó parada y se veía como siempre, enamorada, animada, despechada o ensimismada. Antes, él se acercó y propuso. Voy de aquí para allá y de allá para acá; a Earle le reconocen, saluda, se devuelve, se sienta, se inquieta, se para, propone, dispone, celebra, conserva, disfruta, observa. Ella, despistada, o suavizada, pregunta que qué propuesta. A él le importa una, ella piensa en cuál, o piensa, y es una esperanza. “Le propuse que me propusiera”, y la risa apunta al alumno, que sale, o entra, a preguntar. “Lo voy a pensar”, la oigo contestar, y pienso, pensando qué tú pensarías, pero me concentro y escribo qué me dijo Cecilia Todd, ante la propuesta de Earle para que ella le hiciera una propuesta, la primera.

Y otra vez la soledad y la risa y el tapaboca terciado. En un momento, hablamos de bloqueo, o de antibloqueo, con el viceministro del desbloqueo, y para que no siga la mala rima y antes de que se nos caiga encima, consigamos el papel para toda aquella. Aquél pudo, pero no quiso; el otro quiso, pero no pudo, entonces, aparece el embudo. Silencio de los periodistas cuando se oyó el reto: No hay papel para imprimir en enero. Si se cambia la consonante, aunque falte la vocal, gracias por tanto, Earle, que no la pasamos mal.

Hablamos también de Pedro Chacín, de nada, de la alegría, y para la despedía, dice usted, con la magia de la crónica y con la poesía, que en América “contamos con esas antorchas para internarnos en la noche del tiempo”. Alumbra el zaguán, profesor, porque en la penumbra... ajá.

Sin adiós...

ALDEMARO BARRIOS ROMERO

Me dijeron que te fuiste, ¿Para dónde? ¿Cómo te vas a ir ahora, cuando más te necesitamos? No sé qué escribir, es duro hacerlo sin una lágrima como tinta, pero como estamos en modo resistencia, voy a guardar esta despedida sin adiós en el archivo personal, como aquella canción de Elio Roca de los años 70, quizás así como cuando te despediste de Asalia “sin adiós sin despedida”, con ella estarás allá en paz y amor, después de tanto extrañamiento.

Y ¿Qué haremos ahora tus lectores, tus estudiantes, tus militantes? Bueno, seguirte leyendo en la trascendencia de tus escritos maravillosos, cortos y largos, en tus crónicas y tus libros maestros. Por mi parte te seguiré en la militancia, en la agitación por las sabanas de Guanipa, en El Tigrito, El Tigre, Pariaguán por todas partes, para ver si te veo entre tantas caras populares, en la nubes lejanas de ese llano-cielo azul y rojo de las tardes. Me llegaré hasta el Orinoco, en Soledad y Ciudad Bolívar, para preguntarle a Edgar Caldera y a los muchachos y muchachos de la Red de Historia en Ciudad Guayana y a Marisol García en Ciudad Bolívar, ¿Qué vamos hacer ahora? ¿Quién ocupará tu puesto de combatiente?

Algún joven inteligente, lector de tus enseñanzas saldrá de ese grupo o del Liceo Briceño Méndez de El Tigre a tomar tu arma y tu alma, serás tú de nuevo y volverás de otra vez a la marcha, ahí estarás, para decir como Galeano “el ser humano nunca muere, siempre está naciendo...” Por allá nos veremos hasta las victorias siempre, siempre, siempre.



Una lágrima fecunda

RAFAEL SALAZAR

Un país guarda en su memoria el patrimonio ambiental que define el paisaje múltiple de selvas, montañas, ríos, costas, desiertos y llanuras, como regalo de la naturaleza. En ese espacio geográfico conviven diferentes comunidades que van tejiendo la urdimbre de sus tradiciones culturales y también hallamos un patrimonio espiritual de poetas, cuentistas, novelistas, músicos, artistas plásticos, creadores de una identidad que nos define como pertenecientes a un sedimento memorial de siglos, como sublimación del espíritu humano.

Earle Herrera forma parte de ese legado histórico, acompañando a intelectuales de la talla de Andrés Bello, Simón Rodríguez, Andrés Eloy Blanco, Vicente Gerbasi, Ramos Sucre, Fernando Paz Castillo, Orlando Araujo, Gustavo Pereira, Ramón Palomares, César Rengifo, José Ignacio Cabrujas, Román Chalbaud, Aquiles y Aníbal Nazoa, Jesús Soto, Carlos Cruz-Diez, Pedro León Zapata, Ana Enriqueta Terán, Vicente Emilio Sojo, Antonio Lauro, Antonio Estévez, Héctor Guillermo Villalobos y Alberto Arvelo Torrealba, entre tantos otros forjadores de la patria espiritual.

Ahora Earle nos deja el sabor amargo de su ausencia. Lo recordamos como un buen oriental, al hombre campechano, conversador, sin poses intelectuales a pesar de haber publicado más de 50 libros que tratan sobre poesía, historia, ensayo, humorismo, con la mirada crítica del periodista profesional, entregado plenamente a la educación

universitaria.

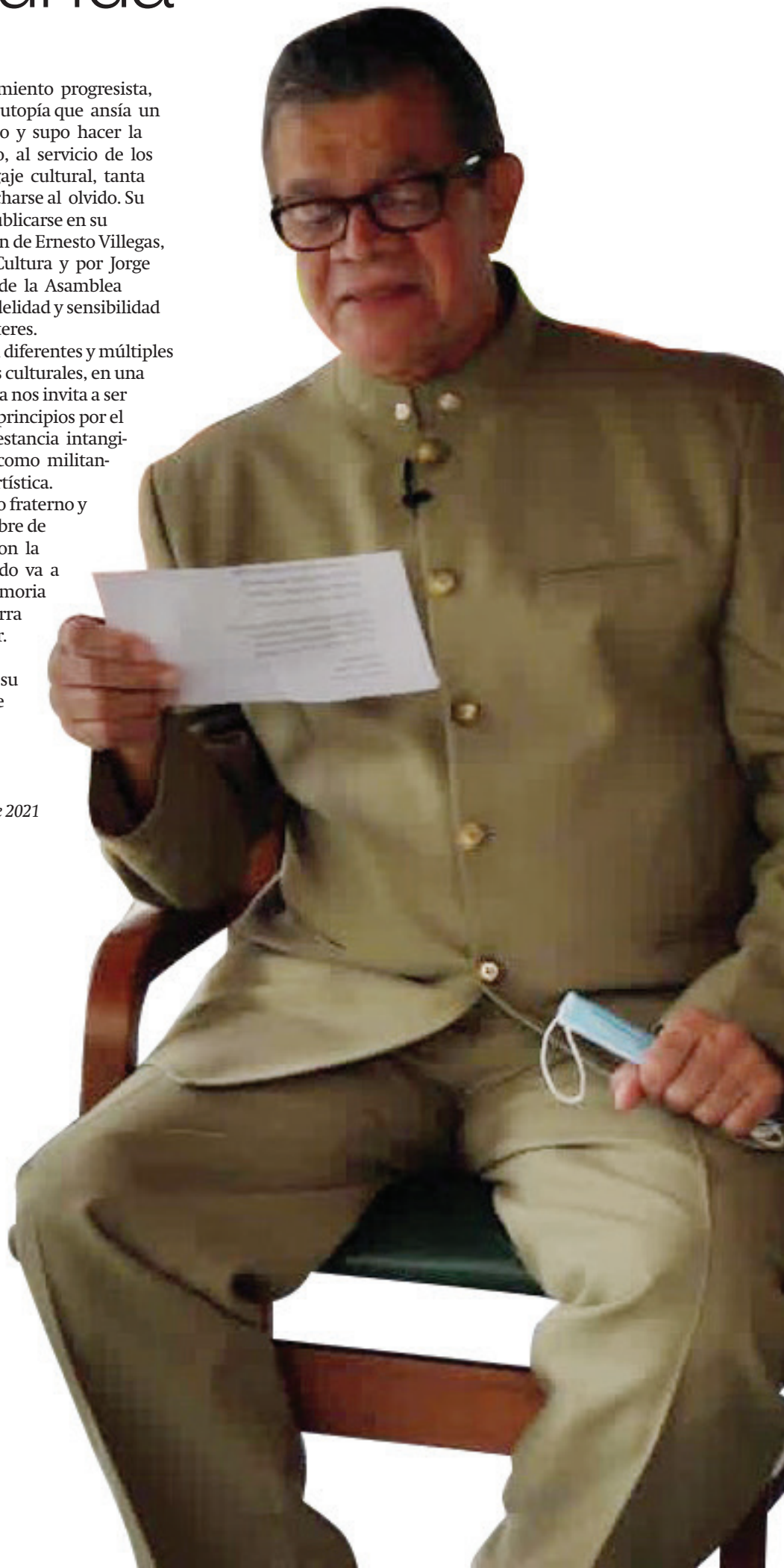
Earle, fiel a su pensamiento progresista, fue un militante de la utopía que ansía un mundo justo y humano y supo hacer la política, como diputado, al servicio de los desposeídos. Tanto bagaje cultural, tanta sapiencia, no puede echarse al olvido. Su obra magnífica debe publicarse en su totalidad por instrucción de Ernesto Villegas, actual ministro de la Cultura y por Jorge Rodríguez, presidente de la Asamblea Nacional, con toda la fidelidad y sensibilidad propias de estos menesteres.

Conocimos a Earle en diferentes y múltiples quehaceres y mudanzas culturales, en una fecha en que la memoria nos invita a ser cónsonos con nuestros principios por el bien de la patria, esa estancia intangible que nos identifica como militantes de la sensibilidad artística.

Valga, pues, un abrazo fraterno y un recuerdo fiel al hombre de permanentes sueños, con la certeza de que su legado va a formar parte de la memoria popular, esa que encierra toda la riqueza del saber.

Tan solo basta una lágrima fecunda sobre su cuerpo inerte, para que Earle renazca entre pájaros y flores, por los siglos de los siglos.

Madrid, 20 de diciembre de 2021



“El llanto no es suficiente”
 Cuando es llanura el dolor
 Y oscurana es el color
 O mordaz coeficiente
 El llanto no es suficiente
 Tampoco la lluvia austera
 Ni el abrazo, tibia esfera...
 De El Tigrito al Orinoco
 No basta el verso tampoco
 ¡Quien partió es Earle Herrera!

Leonel Ruiz

No basta todo el Oriente
 el espesor de la llanura...
 para aplacar la amargura
 que deja el amigo ausente.
 Lloro incluso el Occidente
 en tiempo de contradanza...
 y en tono menor la danza
 llora con el caraqueño...
 y vuela en eterno sueño
 Earle Herrera entre alabanzas.

Darvin Romero

De kiosco en kiosco

RÚKLEMAN SOTO

El plan era ponerme a garrapatear algunos comentarios sobre el parao que le dio el pueblo chileno al fascismo global hoy domingo 19 de diciembre, porque más allá de cualquier reserva, Latinoamérica ganó por tercera vez consecutiva en los últimos dos meses. Así que puse a sonar Quilapayún en Youtube: “El pueblo unido, jamás será vencido / El pueblo unido jamás será vencido...”.

Pero me detuvo en seco la partida física del profe Earle. Solo me viene a la mente, desde hace horas, la imagen de un kiosco de periódicos que estuvo ubicado en la avenida Bermúdez de Los Teques entre el memorable restaurante italiano Al Molino y unos enormes chaguaramos, escaso legado viviente de la vieja estación del tren, que de milagro se han salvado de ser convertidos en aserrín por el des-ordenamiento urbano.

En ese kiosco compré, hace cuarenta años, un librito llamado ¿Por qué se ha reducido el territorio venezolano?, escrito por un tal Earle Herrera. Después supe que había nacido en tierras ribereñas del Orinoco en 1949, en El Tigrito o San José de Guanipa, que es lo mismo. El libro era una escueta y hasta fea edición de la UCV, pero la pregunta del título era un certero peñonazo en la conciencia. Terminado el quinto año de bachillerato yo no tenía la menor idea de quién era ese señor que dedicó su tesis de grado a investigar de forma impecable el despojo de gran parte del territorio nacional por parte de Colombia, Brasil y la Guyana inglesa.

Ese libro me provocó una bronca que me dejó “enculebrao” para siempre contra una cuerda de monigotes históricos. Me hizo pisar tierra firme, fijar linderos concretos donde solo había mapas mutilados y repetidos (primero en la escuela y después en el liceo) de una república vaciada hasta

el desapego. Y sus páginas, en definitiva, me hicieron darle valor al periodismo. Esa, más o menos, viene siendo la tarea de un maestro, aunque no lo vieras en un aula. Luego vendrían muchas lecciones más, hasta que algún día Ana María Hernández lo haría entrar por esa puerta en su clase de la Universidad Bolivariana de Venezuela.

Mientras tanto, a través de los diarios y otros medios, se fue haciendo presente el cronista lúcido, el cuentista ingenioso, el canto del poeta, el ensayista agudo, es decir el escritor brechtianamente imprescindible. De manera que Earle era ya un nombre familiar para cuando llegó la Revolución Bolivariana, con la que nuestro respeto hacia el militante creció hasta el infinito. Todas sus publicaciones, en especial La magia de la crónica, pasaron y siguen pasando de mano en mano y de afecto en afecto!, porque sus libros se estudian, se disfrutan y se obsequian con perdurable querencia.

Producía al por mayor, pero despachaba al detal en “El Kiosco de Earle” (impreso) y “El Kiosco Veraz” (TV), cátedras de vital y mordaz sagacidad periodística donde nos regaló con todo y ñapa de generosidad, las ganancias de su praxis ética, estética y política. El kiosco donde adquirí su libro en 1981 ya no existe, pero la obra de Earle no entra en la lista de especies en peligro de extinción, queda viva en nosotros, porque “pensamientos y conceptos no se pueden quemar ni despedazar”, como él mismo anotó en una de sus crónicas.

Puesto que el profe me enseñó en sus textos que “la palabra una vez escrita es inmune”, puedo seguir susurrando, no sin arrugar un poco, el tema cantado por Quilapayún: “De pie, luchar / Que vamos va a triunfar / Avanzan ya / Banderas de unidad / Y tú vendrás / Marchando junto a mí / Y así verás / Tu canto y tu bandera florecer...”.

Hay luto en mi alma

FÉLIX ROQUE RIVERO

El humor era en Earle como una de esas vetas de oro que abundan en las minas del Callao. A su kiosco llegaban sus invitados para compartir con él sus irónicas chanzas.

Cuando Earle tomaba el micrófono en el podium de oradores de la Asamblea Nacional, había que ordenar cotufas y papitas maní tostón y prepararse a destornillarse de la risa, ante la genialidad de aquel muchacho de El Tigre que se pasaba por el forro de su alma a más de un brinca talanquera que por bandido y corrupto caía en su afilada lengua y en su pluma cervantina.

A Earle le gustaban mucho los boleros y en su pueblo natal, seguramente más de una rockola fue abrazada por él en un arrebato de despecho. Hoy somos miles los que pegados a ese mágico aparato cantamos uno de sus temas favoritos y por eso sentimos más que nunca Luto en el Alma...

Adiós compatriota Earle, pasaré por tu kiosco, tal vez me lleve el cofre conde guardabas con celo tu veracidad. La verdad reclamó tu genio incomparable.



¡Hasta la victoria siempre!

